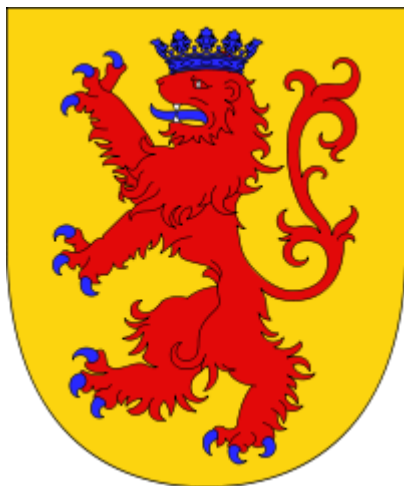


ELS ÀUSTRIA (4)



En els tres capítols dedicats a l'assentament de la casa dels Hausburg a la península, sempre des del punt de vista dels afers de la Corona i, particularment dels catalans, hem procurat donar el nostre punt de vista i sempre, és clar, amb fidelitat a la història. De moment, però, deixarem l'estudi dels darrers representants de la Casa d'Àustria, per donar pas a la reflexió que, probablement el millor historiador català de la nostra

època, Jaume Vicens Vives, aporta precisament sobre el període estudiat per nosaltres.

Vicens Vives, el primer professor d'història que jo vaig tenir en els meus onze i dotze anys, va publicar un llibre de gran ressò: *“Aproximación a la Historia de España”* que va veure la llum l'any 1952, en plena i arrogant dictadura, i que, malgrat el moment i la situació, el historiador fa la seva feina, agradi o no agradi. Explica la real situació de Castella, a vegades cruament, i és important senyalar que només amb la categoria assolida per Vicens Vives en el món dels historiadors espanyols, s'ha de comprendre la gran rebuda del llibre per tots ells i pels amants de la història en particular. Independent de les edicions que es van produir del llibre original, cal remarcar la seva inclusió en una col·lecció popular, *“Libro RTV”* apareguda l'any 1970, als deu anys de la mort de l'autor. Però encara en vida del Dictador...

Deixem, però parlar a Vicens Vives.

El capítol és *LA MONARQUIA HISPÁNICA DE LOS HABSBURGO*.

Durante tres generaciones –las simbolizadas por Carlos I, Felipe II y Felipe III- la Monarquía hispánica siguió en la estela legada por los Reyes Católicos. Nadie puso cortapisas al papel preponderante ejercido por Castilla en la política, la economía y la cultura hispá-

nicas. El ideal hispánico se confunde en esta época con el que representa Castilla, eje de la monarquía. El trasiego de la importancia geopolítica del Mediterráneo al Atlántico, acabó de robustecer esa misión

Pese a las deficiencias del sistema agrario, que precipita el país a grandes hambres y le obliga a comprar trigo del espacio báltico; pese al escaso rendimiento de la industria, cuyos productos no pueden competir en calidad ni en precio con los de Francia, Flandes e Italia; pese a la incompetencia de la Corte, abocada de continuo a la bancarrota, pese a todo ello, Castilla está en pie, en lucha contra una Europa que se debate entre las sucesivas arremetidas de la marea protestante. Ciertamente cuenta la inyección de los metales preciosos americanos; y ello es decisivo, como se demostrará en 1575, en el momento de colapsarse los pagos de la feria de Medina del Campo y sobrevenir la bancarrota del comercio lanero castellano. América también es una constante sangría: para allí parten gentes emprendedoras, que no son reemplazadas en la Madre Patria.

En conjunto, la tarea castellana es obsesionante. En su misión, va podando cuantos elementos generosos brotan en su seno: el ideal burgués, en la guerra de los Comuneros; las ramas erasmista y renacentista, en la tenaz contienda para mantener la ortodoxia. No obstante, teólogos y misioneros, místicos e ascetas, esmaltan la época de oro de la vida eclesiástica española

El desprecio profundo de lo terreno, el ideal de misión ecuménica de España, entierran definitivamente cualquier programa de recuperación económica de Castilla. Si los banqueros genoveses acaparan los beneficios de la explotación de las minas americanas y los armadores de la misma procedencia, el suministro de las flotas; si los mercaderes italianos, flamencos y franceses se apoderan, tras las Ferias de Medina del Campo y los embarques de Sevilla y Cádiz, del negocio colonial, la Monarquía, lejos de reaccionar, va enzarzándose cada vez más en un peligroso confusiónismo financiero, que, atándola al carro capitalista de allende los Pirineos, lo hace, primero indispensable, luego ruinoso y finalmente estéril. El patriarcalismo estatista de Felipe II agotó las posibilidades económicas de Castilla en un mercantilismo de vía estrecha, cuyos únicos reflejos en el país se hallan en el relativo auge de algunas pañerías provinciales, en el desbordante y opresivo esplendor de Sevilla y en las munificas construcciones de algunos hidalgos andaluces y extremeños, enriquecidos por las encomiendas americanas. Pero no ha-

llamos ningún capital invertido en el país, ya sea en la bonificación del suelo agrícola, ya sea en la constitución de sociedades mercantiles para la explotación del mundo oceánico...Incluso en la trata de esclavos, dejada en manos de portugueses o franceses.

La incomprensión capitalista, dejó a Castilla desarmada ante Europa.

He aquí un punto clave en la problemática actual de la historia de España. No solo es el mecanismo del negocio europeo y colonial, sino que hay que bucear en la mentalidad castellana en la época de Felipe II. A pesar de vivir amparadas por el monopolio las industrias de Segovia, Cuenca, Toledo, Córdoba y Sevilla, jamás tuvieron arranque propio. Y a la menor contrariedad se derrumbaron, faltas de capitales, técnicos y reservas de materia prima. Desde 1590 pañerías y sederías castellanas se paralizan y los obreros, despedidos van a la Corte a nutrir la legión de pedigüeros o peones. Los que poseen el dinero –aristócratas, hidalgos andaluces y extremeños- lo petrifican en construcciones –templos, palacios, monasterios- o lo sacralizan en obras de arte.

Detras de esta mentalidad se dibuja el empeño de honra, que en este caso es distinta respecto al supuesto ideal judío de la usura y de la ganancia ilícita. Y con ello resurge el tema del cristiano nuevo, que llena tantas páginas de la historia íntima castellana de los siglos XVI y XVII.

Carlos I, educado en el ambiente mercantil de Flandes pudo haber dirigido la Monarquía en otro sentido, pero sus múltiples ambiciones le convirtieron en un forzado depredador de la riqueza castellana. Carlos I hizo su propia política, en el sentido heroico del borgoñón y en el liberalismo erasmista y, por tanto, incomprendible para las altas esferas españolas. La gran salida a Europa del brazo del emperador, Castilla regresó a sus lares con acentuada francofobia, un odio contra la heterodoxia y un desprecio absoluto respecto a la perversa y deslumbrante sociedad esuropea.

La arremetida calvinista halló a Castilla en plena reacción espiritual. Bajo Felipe II fué posible que el país se convirtiese en centro de la resistencia ortodoxa en toda Europa, a veces divergente de las miras del Pontificado. Castilla se cerró a las influencias del exterior, incluso se prohibió a los hispanos ir a estudiar a universidades extranjeras. Este viraje del 1572 fué la impermeabilización de España. Dos generaciones anteriores, la pureza de la fe de la cuales no habían vedado fecundísimas incursiones en el campo del humanismo occidental –por ejemplo, Cisneros, Vives, Vitoria.

Al cargar con la defensa católica, la Monarquía hispana perfeccionó los ensayos de centralización de los Reyes Católicos y Carlos I. Se inventaron los Consejos, reunidos permanentemente en Madrid, que alcanzó el rango de capital histórica a fines del siglo XVI. Una oleada de papel se difundió desde todo el país, llegando a los Consejos en marea creciente y agotando la capacidad de los resortes administrativos, aturdiendo al primer burócrta del Estado, el escupuloso Felipe II.

Con todo, el dinamismo y la fe del pueblo castellano permitieron a la Monarquía vivir horas de euforia universal: los turcos, contenidos en el Mediterráneo, después de la victoria de Lepanto (1571); el reino portugués, incluido en la Corona hispánica en 1581 y con él el inmenso mundo colonial; los Países Bajos en revuelta desde 1566 y una y otra vez dentro del murallón defensivo español; Francia, vuelta al redil de la ortodoxia por la ceñuda atención del Prudente. Solo Inglaterra acibaró los éxitos de la Hispania Magna: del desastre de la Invencible (1588) dependieron otros fracasos, como la imposibilidad de reducir a los neerlandeses, la recuperación de Francia como gran potencia europea y la ya insoslayable separación de Portugal.

Muerto el gran monarca, el edificio de la Monarquía hispánica no se desplomó, porque un vivo deseo de paz se adueñó de Occidente: (1598, paz con Francia; 1604, con Inglaterra; 1609 con Neerlandia). Fué una coyuntura propicia, pero los Consejos siguieron con su habitual burocracia y ellos se impusieron al incapaz Felipe III (1598-1621) con el régimen de validos. Con el nuevo siglo llega con la preeminencia de los grandes latifundistas andaluces, gente dadivosa, infautada, arbitrista e incauta. El duque de Lerma toleró la corrupción de la burocracia, el enquistamento en el gobierno de los compradores de cargos públicos (!!!!, meu) y que en la corte madrileña alcanzó ápices extremos. (!!!! Torno a admirar-me).

No puede sorprender la drástica noticia que puso fin a la diversidad política de las Españas. Los moriscos valencianos, y los de Aragón y Castilla, fueron expulsados en número de trescientos mil, empezando el 1609. Se logró una completa unidad religiosa, remate de una lucha que había empezado seis siglos antes. El extrañamiento de los moriscos fué un negocio ruinoso, sin la preparación que exigía el substituir aquella mano de obra agrícola. Alguien se benefició con el trasiego de bienes, propiedades y arrendamientos, pero el país perdió un chorro de energías en el momento de hacer frente a la gran crisis económica, social y política del siglo XVII.

(Per la transcrpció, JMG)